

ÉCOLE POLYTECHNIQUE – ÉCOLES NORMALES SUPÉRIEURES
ÉCOLE SUPÉRIEURE DE PHYSIQUE ET DE CHIMIE INDUSTRIELLES

CONCOURS D'ADMISSION 2017

FILIÈRES MP, PC et PSI

ÉPREUVE ÉCRITE DE LANGUE VIVANTE – (XEULCR)
ESPAGNOL

Durée totale de l'épreuve écrite de langue vivante (A+B) : **4 heures**

Documents autorisés : aucun

PREMIÈRE PARTIE (A)
SYNTHÈSE DE DOCUMENTS

Contenu du dossier : trois articles et un document iconographique pour chaque langue. Les documents sont numérotés 1, 2, 3 et 4.

Sans paraphraser les documents proposés dans le dossier, le candidat réalisera une synthèse de celui-ci, en mettant clairement en valeur ses principaux enseignements et enjeux dans le contexte de l'aire géographique de la langue choisie, et en prenant soin de n'ajouter aucun commentaire personnel à sa composition.

La synthèse proposée devra comprendre entre 600 et 675 mots et sera rédigée intégralement dans la langue choisie. Elle sera en outre obligatoirement précédée d'un titre proposé par le candidat.

SECONDE PARTIE (B)
TEXTE D'OPINION

En réagissant aux arguments exprimés dans cet éditorial (document numéroté 5), le candidat rédigera lui-même dans la langue choisie un texte d'opinion d'une longueur de 500 à 600 mots.

A - Document 1

Las cordilleras de la paz

Prudencio García, *El País*
23 AGO 2016

Nadie puede olvidar en Colombia algunos trágicos hechos, demasiado relacionados históricamente con la situación actual. Por ejemplo : durante largo tiempo, el partido Unión Patriótica (UP), inicialmente procedente de la fusión de varios grupos guerrilleros y auto-definido finalmente como socialdemócrata, negoció el fin de la lucha y la firma de la paz. Pero, una vez firmado el acuerdo, sus militantes empezaron a ser sistemáticamente exterminados. Entre 1987 y 1994 miles de miembros de la UP fueron asesinados incluyendo sus más destacados representantes, entre ellos numerosos diputados, senadores, concejales, alcaldes, e incluso dos candidatos presidenciales. En total, entre 3.500 y 5.000 de sus militantes fueron eliminados, sometidos a una caza implacable, perpetrada por grupos paramilitares, pero también por elementos del ejército y de los cuerpos de seguridad. Otro considerable número de sus miembros sólo pudieron salvarse en el exilio y huyendo del país. Igualmente permanece en la memoria colectiva lo ocurrido hace 26 años con los dirigentes de la formación guerrillera M-19. Tras unas negociaciones de un año de duración, en marzo de 1990, en un acto de gran emotividad y repercusión pública, su carismático líder, Carlos Pizarro, entregó simbólicamente y solemnemente «la última arma» de la guerrilla. A partir de ahí, y lograda la amnistía, se dedicó con los suyos a la política civil, preparando su candidatura a la presidencia de la República, al frente del Movimiento 19 de Abril. Candidatura para la cual los sondeos electorales le señalaban con excelentes expectativas. Pero un mes y medio después del mencionado acto de entrega, Pizarro fue asesinado por un sicario dentro de un avión, en pleno vuelo comercial. Años más tarde se supo que su asesinato fue ordenado por Carlos Castaño, uno de los líderes más criminales de las llamadas AUC (Autodefensas Unidas de Colombia) o, más simplemente, los «paramilitares», bandas de forajidos uniformados, reclutados a sueldo, habituados por largas décadas a ejecutar los trabajos represivos más infames, a las órdenes de —o en estrecha complicidad con— el sector ultraderechista del Ejército y de la oligarquía terrateniente. Con estos trágicos y no tan lejanos antecedentes, se comprende que los actuales guerrilleros de las FARC, sentados a la mesa negociadora de hoy, en busca de la paz de mañana, sientan sobre sus cabezas la misma amenaza de ayer. Recuerdan que otras veces sus antecesores negociaron, fueron amnistiados, dejaron las armas, y fueron después masacrados. Desde la perspectiva histórica, tienen sobradas razones para desconfiar. Pero también tienen hoy base —y apoyo internacional no despreciable— para pensar que esta vez va en serio, pues saben que la Colombia de hoy no es aquella de 1980 y 1990, y asumen que tienen que afrontar el riesgo de negociar, confiar y cumplir. Queda una importante tarea : la concentración y agrupamiento de las tropas, y la entrega de las armas. Finalmente, el 23 de junio se firmó el acuerdo para el alto el fuego. Queda una importante tarea, no precisamente sencilla : la concentración y agrupamiento de las tropas en los puntos señalados, así como la recogida y entrega de las armas, en un país con una dura geografía repleta de selvas, ríos y montañas, así como la presencia de otros grupos armados, e incluso de una facción disidente dentro de las propias FARC. El presidente Juan Manuel Santos, ante esta disidencia, ha reaccionado en estos términos : « Aquellos que no cumplan lo acordado, serán perseguidos por el Ejército ». Como vemos, la voluntad del mandatario colombiano se mantiene firme, pese a la nueva y ya millonésima adversidad. Afortunadamente, el Estado Mayor de las FARC participa también de esa misma firmeza y voluntad. Conocen los

riesgos y obstáculos, pero también siguen ahí, firmes en su propósito. Es el momento de recordar la frase, pronunciada por el entonces jefe del equipo negociador, el comandante Iván Márquez, en uno de sus desplazamientos desde la selva colombiana hasta el Palacio de Convenciones de La Habana. Al presentar ante la prensa internacional a un nuevo contingente de mandos recién llegados entonces a Cuba para reanudar las conversaciones, dijo a los periodistas : « Aquí estamos los guerrilleros de las FARC, con toda nuestra artillería política, resueltos a jugárnosla por la paz de Colombia ». Y añadió enérgicamente : « La voluntad de paz de la guerrilla es tan alta como nuestras cordilleras. »

A - Document 2

Aquí no ha pasado nada

Joaquín Villalobos, *El País*

5 OCT 2016

Dice mi amigo Héctor Aguilar Camín en una de sus novelas que «la política, vista de cerca, aun la política más alta, es siempre pequeña, mezquina, miope, una riña de vecindario. Solo el tiempo da a los hechos políticos la dignidad distante, el sentido superior que es su justificación y, con suerte, su grandeza». El virtual empate en el plebiscito colombiano es menos fatal de lo que parece y podría derivar en una mayor solidez para la paz. Toda negociación es un proceso compuesto por negociaciones simultáneas que ocurren entre los contendientes y dentro de los contendientes. Desde el inicio fue claro que la paz estaba cerca en La Habana, pero lejos de los consensos de Bogotá. El resultado del referéndum no es el regreso a la guerra, sino el comienzo de la política y este es el propósito fundamental del proceso, por lo tanto aquí no ha pasado nada. Durante muchas décadas Colombia ha sido, por un lado, una democracia que ha funcionado bastante mejor que en otros lugares del continente, pero al mismo tiempo ha vivido una violencia más severa y prolongada que la que generaron algunas dictaduras. Terminar el conflicto supone lidiar con estas realidades como si se tratara de unir a dos países distintos. Esto implica confrontar diferencias sobre cómo se vive o se ha vivido el conflicto. A mayor proximidad o lejanía de la guerra corresponden más unidad o mayor indiferencia de la sociedad para un acuerdo. El éxito de la estrategia militar del Estado alejó el conflicto de los centros vitales, pero creó un nicho electoral rentable para la competencia política que dificulta los consensos sobre el acuerdo de paz. En ese sentido, el plebiscito fue más una medición de fuerzas de cara a las elecciones presidenciales del 2018 que un referéndum sobre la paz. Se podría pensar que fue incorrecto realizar la consulta. Sin embargo, el casi empate en el plebiscito deja clara la importancia que tenía su realización. Con una sociedad dividida la implementación de los acuerdos estaría en riesgo sin consensos políticos. Para imponerse, tanto el sí como el no, requerían una ventaja abrumadora, pero con una diferencia tan estrecha el mandato de los ciudadanos sirve para que los políticos negocien y no para retornar a la guerra. Esto es altamente positivo para el proceso de paz. Se puede pensar también que fue incorrecto firmar el acuerdo con las FARC sin tener un consenso con la oposición, pero eso hubiera implicado perder la oportunidad de desatar la dinámica que sobre la marcha ha puesto fin a medio siglo de guerra. La existencia de un acuerdo minuciosamente elaborado, los encuentros con las víctimas, el cese de fuego bilateral que ya está funcionando, los contactos entre militares y combatientes, el cese de fuego unilateral del ELN, la posibilidad de que este grupo se sume al proceso, el impresionante interés de la comunidad internacional, el perdón público ofrecido por el líder de las FARC, el despliegue de Naciones Unidas para verificar el desarme y la reducción dramática de la violencia en el último año, son todas sólidas conquistas que se relacionan con haber tomado la oportunidad por la paz. La voluntad de combate tanto de insurgentes como de militares está ahora bajo la influencia de esta realidad construida por el acuerdo firmado. La voluntad de combate tanto de insurgentes como de militares está ahora bajo la influencia de esta realidad construida por el acuerdo firmado. En otras palabras, la guerra está atrapada y bajo pleno control de la política. Nadie puede despreciar el enorme valor que esto tiene, al igual que no se puede despreciar la necesidad del consenso con quienes llamaron a votar por el no. Pero sin guerra hay mejores condiciones para que los políticos colombianos hagan ahora su oficio de negociar. Dicen que no hay mal que por bien no venga y al parecer esto

ha ocurrido en Colombia. La polarización es claramente la amenaza más grave al posconflicto y ha venido creciendo exponencialmente entre las principales fuerzas políticas, dividiendo no solo a la sociedad, sino a las familias. La polarización no solo haría fracasar el proceso de paz, sino que podría llevar al país a una crisis de gobernabilidad. Algo similar a lo ocurrido en El Salvador, donde la paz fue un éxito que los partidos convirtieron en fracaso. El empate del referéndum obliga a que los políticos se reconcilien para detener y revertir la polarización y esto es buena noticia. La guerra ha concluido y ha comenzado la política y en esta, recordando a Camín, la intriga, los egos y las vanidades pesan tanto como los intereses estratégicos, esto la vuelve complicada y peligrosa, pero también menos aburrida.

A - Document 3

¿Por qué, Colombia ?

Gemma Ubasart, *El Mundo*
6 OCT 2016

Se cerraron las urnas y casi nadie esperaba un triunfo del «no». Después de cuatro años de complejas negociaciones en La Habana entre el Gobierno colombiano y las FARC, la mayoría de la clase política, organizaciones sociales y comunidad internacional esperaban una ratificación que pusiera fin al conflicto abierto ya hace 52 años y que posibilitara el desarrollo de iniciativas de reparación, reconciliación e inclusión política. Pero no fue así. Se registró una baja participación (37%). Un resultado muy justo pero favorable al «no» (50,2%). Y un país dividido en dos, también territorialmente : las zonas más castigadas votaron más favorablemente ; y hubo una mayor abstención en los territorios que se pronunciaron por el «sí». Se han apuntado diversas causas para entender este resultado que no fue captado, una vez más, por las encuestas. En primer lugar, la mala imagen de Santos que lastraría la votación, así como varios errores recientes de su partido y el Gobierno. En segundo, el éxito del uribismo en desplazar el debate de «paz versus guerra» a una discusión sobre el propio acuerdo y si este traería una paz justa, a la par que su espacio político supo colocar en circulación informaciones falsas que irían vinculadas supuestamente a la victoria del «sí» (cambiar el himno nacional o un sueldo de 1.800.000 pesos para los guerrilleros desmovilizados, por ejemplo). En tercer lugar, la alineación del «no» con un marco más general «anti-castrochavista» (incluyendo una cruzada contra la «ideología de género»). Por último, y no menos importante, el rechazo social hacia las FARC que aún perdura en gran parte de la población colombiana, y su alto nivel de presencia mediática durante la campaña. Todas ellas son importantes, pero también hay que buscar causas más de fondo. La cultura política de la ciudadanía es una de ellas. Después de tantos años de conflicto, el encuadre schmittiano de la guerra (buenos y malos) y el populismo punitivo que florece en estos contextos no cambia de un día para el otro. Por mucho que las élites de un país decidan que ha llegado el momento de poner fin al conflicto con diálogo, negociación y reciprocidad. Estas mismas élites, o una parte de ellas, son las que durante décadas han alimentado una «cultura de la emergencia» (comunicativa, policial-militar, penal) con la idea de hacer frente al «enemigo interior». Además, cabe tener presente que Colombia ha sido un país dirigido tradicionalmente por fuerzas políticas de derecha, poco ávidas a realizar discursos de distensión (discursos que paradójicamente sí que han predominado en campaña). La parte de la ciudadanía que no sufre el conflicto en sus carnes, que lo mira en la tele y lo interpreta desde su cómoda casa, no ha tenido incentivos para mutar su manera de entender el mundo. A la par, en Colombia son usuales tasas altas de abstención (aunque no llegando al nivel del plebiscito). La inclusión del «pueblo» en la política no ha sido una prioridad para las élites políticas y los aparatos de partido. Además, implicarse en Colombia podía costar la vida hasta hace poco. Si no, recuerden, sin ir más lejos, a la izquierdista Unión Patriótica : sus seguidores y dirigentes fueron perseguidos y aniquilados (físicamente) a final del siglo pasado. En un contexto poco dado a la deliberación y la participación ciudadana, la convocatoria del plebiscito por parte del presidente Santos solo puede entenderse desde la perspectiva de las tensiones coyunturales de política interna, buscando que su figura saliera reforzada. Y salió mal. Más que entrar en el fondo de un debate sobre el fin del conflicto, se dio a la oposición una oportunidad para la disputa partidista.

B - Document 5

Lo que sigue vivo en Colombia

Ricardo Lagos, *El País*
15 OCT 2016

Cuando se hizo público, en noviembre de 2012, que desde hacía algunos meses se estaban desarrollando conversaciones secretas en La Habana entre el Gobierno de Colombia y las FARC, Enrique Santos Calderón, hermano del presidente colombiano y figura clave en aquellos primeros contactos, dijo una frase que por estos días resuena con especial fuerza : «No se puede condenar a los colombianos a otros cien años de soledad y violencia»[...]Seguro, al citar al premio Nobel colombiano jamás Santos Calderón imaginó que cuatro años más tarde sería su hermano gobernante el otro Nobel que tendría Colombia, esta vez el de la Paz. ¿Es válida esta decisión del Comité Noruego del Nobel? La respuesta reclama ver los dos valores esenciales que la determinan : un reconocimiento a los esfuerzos hechos hasta ahora por lograr una paz definitiva para Colombia y un respaldo a las complejas gestiones políticas que el presidente, Juan Manuel Santos, tendrá que impulsar en pro de la meta principal, esa de crear condiciones permanentes para la paz bajo un consenso nacional. Pero no olvidemos el contexto. Colombia pasó de ser un país de cinco millones de habitantes a comienzos del siglo XX a uno de 40 millones cuando terminó la centuria. Y su crecimiento le ubica hoy entre las naciones de ingreso medio en el mundo y con mucha fuerza emergente. Pero la violencia endémica ha golpeado como una constante al país casi desde sus orígenes. Y por eso, en tiempos de Guerra Fría y guevarismo, se formaron las FARC y otras agrupaciones que con las armas en la mano buscaban el camino rápido para alterar el orden democrático y resolver así los problemas acuciantes de la pobreza y la miseria. Cincuenta años después, con enfrentamientos entre guerrilleros y Ejército, más los paramilitares, queda ese saldo doloroso y dramático con más de 200.000 muertos. Víctimas de lado y lado se han visto las caras, se han dicho verdades lacerantes, han llorado juntos ansiosos de rescatar así su dignidad castigada. Tras cuatro años de deliberaciones complejas se llegó al acuerdo y se firmó. Todo podría haber culminado allí en una solemne ceremonia. Luego vendrían las leyes específicas y los sistemas de justicia previstos, más la incorporación a la política de los rebeldes de ayer. Pero el presidente Santos asumió la trascendencia histórica que tenía el paso dado y —aunque no estaba obligado a ello— decidió convocar a un referéndum nacional donde la ciudadanía diera su veredicto final. Y claro que golpeó fuerte el resultado, no se esperaba el no. Pero aquí viene la otra lectura del Comité del Nobel que debemos rescatar : se valoró la existencia de un proceso de paz. Y en ese sentido, todo lo vivido en los últimos días ratifica ese devenir. Lo primero fue esa reacción inmediata del mandatario colombiano : no dejó paso a la incertidumbre, no dejó a su pueblo viviendo en el vacío. En otros términos, develó que la Política —así con mayúsculas— debía saber actuar para no perder el rumbo. Es cierto que ahora hay muchas preguntas sobre la mesa. Pero los gestos y los símbolos dicen mucho : ahí está el encuentro con el expresidente Álvaro Uribe, duro opositor al acuerdo, que regresó al Palacio Nariño para decir que no estaba en contra del «proceso de paz», sino de los términos suscritos con las FARC. No es poco para quien en su Gobierno siempre apostó a la confrontación militar para acabar con la guerrilla. Y otro agregado simbólico ha sido su felicitación al presidente Santos al conocerse la noticia de su elección como premio Nobel de la Paz. A su vez, el mandatario colombiano desdibujó la dimensión personal del premio señalando que éste pertenecía a todo el país. Y fue inteligente en marcar que si aquello producía satisfacción, no podía dejarse atrás el trasfondo trágico que determinaba

el origen de esa distinción : «Lo recibo, en especial, en nombre de los millones de víctimas que ha dejado este conflicto que hemos sufrido». El proceso de paz en Colombia sigue vivo, aunque en lo inmediato se vea difícil. Y eso, para toda América Latina, es esperanzador. No es la hora de las armas, sino de las palabras y de la grandeza política para construir una nueva épica en ese país. Una épica capaz de pensar en cien años de convivencia creativa y en paz.

Ricardo Lagos fue presidente de Chile.